

POLÍTICAS DE IZQUIERDA TRAS LA RENDICIÓN DE SYRIZA¹

Albert Recio Andreu

Universitat Autònoma de Barcelona

I

Para no entrar en un debate estéril, mi punto de partida es reconocer que el actual modelo europeo constituye un marco económico totalmente inadecuado para resolver los problemas de las sociedades europeas. La política de unión monetaria sin unión política, sin mecanismos significativos de transferencia entre territorios, sin políticas de reequilibrio territorial, sin mecanismos para compartir riesgos, sin un marco básico de derechos sociales, sin una homogenización fiscal que impida la existencia de paraísos fiscales en su seno constituye un espacio económico imposible de manejar para gran parte de los actores nacionales. Las políticas macroeconómicas impuestas por la Unión Europea bajo la hegemonía alemana han tenido un impacto negativo sobre las economías de muchos países europeos y han provocado desequilibrios difíciles de eliminar a corto plazo.

En esta misma dirección, es igualmente evidente que los planes de ajuste impuestos a Grecia (y a otros países) han resultado una injusticia y un fracaso. Grecia ha experimentado la mayor caída del PIB de la Unión Europea al calor de las políticas de recortes. Es un ejemplo de libro de cómo el dogmatismo de la doctrina de la austeridad expansiva constituye un sonoro fracaso. Un fracaso que tiene como contrapartida un insostenible coste social. El gobierno de Tsipras y Varoufakis tenía toda la razón de su lado para plantear una revisión de esta política. Y la respuesta comunitaria solo refleja el equilibrio de poder dentro de la Unión y la persistencia de los austerócratas en seguir imponiendo una política que se ha mostrado totalmente errónea.

El debate que plantea la resolución de la crisis griega no es por tanto una cuestión sobre la legitimidad o no de las políticas antiausteridad que plantea la izquierda europea sino sobre todo de qué políticas pueden ser más efectivas para hacerle frente dados los condicionantes del marco económico e institucional imperante. Responder adecuadamente a esta cuestión puede tener importantes consecuencias para la

¹ Para esta reflexión me ha sido útil la reciente lectura del libro de M. Blyth *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*, editorial Crítica, 2014 que reseño en la sección de libros en este mismo número de la revista y del recién publicado texto colectivo de S. Lehnendorff (editor) *El triunfo de las ideas fracasadas. Modelos del capitalismo europeo en la crisis*, FUEM/Catarata, Madrid 2015. Con todo, ninguno de estos autores tiene ninguna responsabilidad sobre las opiniones expresadas en el texto

viabilidad futura de las políticas alternativas. El fracaso de Syriza constituye en sí mismo una figura que va a ser profusamente utilizada ante cualquier otro proyecto de propuesta alternativa. La hegemonía neoliberal ha construido parte de sus éxitos en explotar sin escrúpulos explicaciones sesgadas de pretendidos fracasos de las políticas alternativas. Los ejemplos abundan. La imposibilidad e indeseabilidad de las políticas keynesianas se apoyó en el pretendido éxito de la predicción del fenómeno de la estancación por parte de Milton Friedman y en el fracaso del experimento expansivo de Mitterrand. El hundimiento del modelo soviético se aduce como una muestra de la imposibilidad de las alternativas al capitalismo. Y, ahora, el caso griego va a constituir "la prueba" de que no hay alternativa a las políticas económicas imperantes. Por esto es crucial detectar tanto los fallos de Syriza como explorar vías alternativas.

II

Syriza parece haber elegido mal los desafíos. Primero planteando con bastante ingenuidad una crítica frontal al planteamiento de la "troika" sin contar con aliados firmes. Quizás su convencimiento en la bondad de sus razones les hizo pensar que al contar con un elevado apoyo electoral podrían convencer con facilidad a sus interlocutores y colocar bajo su estela a un conjunto de Gobiernos críticos con la austeridad. Su planteamiento fue, en cambio, considerado por los defensores más acérrimos de las políticas imperantes como un desafío que podía provocar una vía de escape a seguir por otros países y que, por tanto, había que taponar antes de que se abrieran otras grietas (una nueva aplicación de la vieja teoría de las fichas de dominó, si cae la primera se corre el peligro que acaben cayendo todas) y recibió una respuesta tan contundente que logró silenciar las posibles voces aliadas.

Después, cuando el cierre de la primera estrategia ya era evidente, realizó la acción más incomprensible. La de convocar un referéndum que constituía un verdadero órdago y, después de ganarlo, aceptar la rendición. Es posible que esta extraña operación pueda explicarse en clave interna, por la existencia de tensiones en el interior de la coalición que en una primera fase se decantó por el enfrentamiento y en una segunda por lo contrario. Pero visto desde el exterior sigue pareciendo incomprensible que una vez lanzado el desafío se cambie de respuesta casi inmediatamente.

Este cambio de posición ha sido considerado por una parte de la izquierda como una traición o, como mínimo, como una muestra de la poca fiabilidad de la izquierda parlamentaria. Sobre todo porque se piensa que había una alternativa a la rendición basada en la salida del euro, la puesta en marcha del plan monetario alternativo que preparaba Varufakis y posiblemente la suspensión de pagos (o, cuando menos, una suspensión selectiva). Aquí está, a mi entender, uno de los núcleos centrales del debate. En qué medida la salida del euro era una opción realista y, sobre todo, en qué medida la misma iba a permitir a Grecia resolver o aliviar sustancialmente sus problemas.

Los defensores de la salida del euro se apoyan en dos ideas fundamentales. La primera es que la recuperación de la autonomía monetaria permite desarrollar políticas no sujetas a las constricciones impuestas por las políticas de austeridad neoliberal. La segunda es que la devaluación monetaria que indudablemente traería aparejada la introducción de una nueva moneda puede permitir activar la economía local mediante el impulso a las exportaciones y el freno a las importaciones. La tercera, obviamente es que una renegociación de la deuda provocada por la propia suspensión de pagos puede permitir un importante alivio en los costes financieros que paga el país. La cuestión crucial en esta respuesta se encuentra en los dos últimos puntos: el impulso que la devaluación puede dar a la actividad económica y la posibilidad de eliminar parte de la deuda. Si un país tiene una deuda con el exterior fuerte y decide no pagarla su supervivencia depende crucialmente de la capacidad que tenga de subsistir eludiendo las presiones de los acreedores. El impacto que tenga la devaluación sobre el equilibrio exterior resulta fundamental. Si el país tiene capacidad para exportar en un volumen suficiente como para permitirse pagar las importaciones corrientes que necesita para su funcionamiento es posible que consiga aliviar la presión

de los acreedores. Ello depende en gran medida de su tipo de especialización, de la elasticidad precio de sus productos de importación y exportación y de sus fuentes de ingresos alternativos. Los casos de éxito como el de Argentina y Ecuador se basaron en esta cuestión. Ambos países eran productores de bienes que se beneficiaron de la devaluación y de una situación de mercado favorable (soja y otros productos agrarios en el caso argentino, petróleo en el ecuatoriano). Argentina además pudo reactivar su actividad turística y Ecuador contó con las remesas de sus emigrantes. Es dudoso que Grecia pudiera contar con el mismo tipo de condiciones favorables. Grecia ha tenido un déficit comercial endémico y tras la integración europea experimentó un desmantelamiento productivo por efectos diversos (el bajo nivel de sus economías de escala, el relativamente bajo nivel tecnológico de sus empresas, la sobrevaloración del euro, la estrechez de su mercado interno), a una escala superior a la que también experimentó España. Sus principales actividades son el turismo y el transporte marítimo. Es dudoso que tras una salida del euro su economía pudiera experimentar una recuperación significativa como para eludir la presión y el presumible chantaje de sus acreedores. Y, además, a estas alturas, gran parte de los recursos privados financieros del país han "emigrado" al exterior. La salida del euro y la recuperación del control sobre la política monetaria europea podrían ser una solución a largo plazo, pero exigirían sin duda superar unas enormes dificultades y sacrificios a corto plazo. En todo caso los acreedores podrían tener armas bastante poderosas para influir negativamente en su autonomía económica.

La única posibilidad para afrontar esta travesía del desierto era que la población griega estuviera dispuesta a correr con los sacrificios que exigía una estrategia de ruptura con la Unión Europea. Y ahí estaba el otro punto débil de la estrategia de la izquierda. Syriza ganó las elecciones y el referéndum bajo la hipótesis que una clara victoria democrática forzaría a la renegociación. Era por tanto una oferta que se planteaba como de bajo coste para sus electores. Tenía sin embargo dos problemas graves. El primero es que hace tiempo que las élites del capitalismo global están poco preocupadas por las demandas democráticas de la gente. De hecho se han realizado enormes esfuerzos para debilitar los derechos democráticos y se han consolidado marcos institucionales directamente aislados de todo control democrático (como es el caso del Banco Central Europeo y de los bancos centrales nacionales o como se promueve en los diversos tratados comerciales que está negociando la Comisión Europea) y por tanto responder a la voz del pueblo griego no está incluido en la agenda. El segundo es que además Grecia es un país demasiado pequeño, en población y en tamaño económico, para desequilibrar seriamente el proyecto comunitario y por tanto su capacidad de maniobra, su correlación de fuerzas es demasiado débil para provocar cambios. Pero es que además la población griega no parecía estar dispuesta a apoyar la salida del euro y el endurecimiento de las condiciones de ajuste. La pertinencia europea sigue jugando un papel importante en el inconsciente colectivo de partes importantes de la población del Sur de Europa en parte porque la nunca realizada aspiración a contar con un estado de bienestar sigue presente y también porque significa formar parte de un club que excluye a los desheredados de la otra orilla del Mediterráneo. La estrategia de referendo democrático era a la vez un elemento de fuerza y de debilidad. En todo caso lo que resulta claro es que ninguna política que vaya a imponer un reforzado sacrificio colectivo es viable si no se ha conseguido establecer una amplia movilización y un debate político honesto que la haga aceptable para una parte suficiente de la población. A veces la búsqueda de atajos conduce a caminos sin salidas. Casi todas las propuestas que prometen grandes cambios sin contrapartidas suelen conducir a este tipo de situaciones.

III

La cuestión que se plantea ahora es qué hacer tras el fracaso del primer intento de confrontación frontal con las políticas europeas de austeridad. Es obvio que para romper esta política se necesitan muchos esfuerzos coordinados actuando en múltiples espacios. Una tarea que requiere, al menos, la creación de un mínimo de alianzas políticas en distintos países, lo que es sin duda deseable pero que se estima difícil de articular a corto plazo y, aún más complicado, de alcanzar una masa crítica suficiente vistas las debilidades

de las izquierdas (organizativas, programáticas etc.) en muchos países. Pero, por otra parte, la situación en muchos países es dramática y la nueva demanda de más austeridad, que ya se está planteando en países como España, agravará sin duda la situación. Hoy por hoy el único plano donde es posible actuar es el nacional. Y por esto eludir los dilemas que han entrampado a Syriza es tan importante.

Hay que partir de algunas consideraciones previas. De un lado, que el peso y la estructura de cada país son diferentes y que posiblemente la capacidad de actuación de muchos países es bastante mayor que la de Grecia, no sólo por problemas de tamaño, también por la extremadamente débil estructura económica de aquel país. La segunda consideración es que resulta patente que la apuesta por una confrontación directa y total con las instituciones europeas resulta suicida si uno no tiene una base económica muy sólida. Hay que utilizar necesariamente técnicas más sutiles. Sugiero que hay cuatro campos privilegiados donde un Gobierno como el español podría empezar a desafiar los "diktats" europeos y empezar a mover la situación.

En primer lugar está la cuestión del ajuste fiscal. La política dominante en Europa ha sido la de promover el recorte del gasto. Y esta política ha conllevado un agravamiento de la crisis (la segunda recesión, la de 2012, es claramente atribuible a este ajuste). Y una política de recorte del gasto tiene efectos devastadores para los derechos sociales. Hay que responder con las demandas de ajuste con propuestas de política fiscal que incrementen los ingresos, introduzcan más justicia social y propicien una expansión de derechos sociales. Se trata de traducir el empuje de la austeridad en una confrontación local en torno a los impuestos y en una contraposición al ajuste del gasto. Quizás la lentitud en aplicar reformas fiscales también está en las cosas que Syriza pudo intentar hacer y no hizo.

En segundo lugar está la política industrial en sentido amplio (o sea la intervención pública sobre la estructura productiva). Aquí está el origen de muchos de los problemas de bastantes países. El proceso de integración europea, la política alemana de austeridad del gasto y la globalización han dejado maltrechas muchas estructuras productivas. Las políticas de competencia europeas tienden a eliminar o dificultar la acción pública. Pero también en este campo es posible intentar políticas que sorteen el rígido marco europeo, políticas por ejemplo asociadas a la cuestión del campo climático, o la promoción de la eficiencia productiva. Políticas que combinen diferentes instrumentos (fiscales, financieros, inversiones directas etc.) y que sirvan tanto para remodelar la estructura productiva como para reducir desequilibrios macroeconómicos (la energía fósil sigue siendo el primer producto de importación en muchos países). En otros casos puede tratarse de romper los oligopolios sectoriales como ariete para la intervención económica.

En tercer lugar la reforma laboral. Esta va a ser, como lo ha sido en el pasado, una exigencia visto el fracaso de la anterior. Aunque desde las élites se achaca el fracaso a que la anterior fue una reforma insuficiente, se puede y se debe pensar en otra reforma (no una simple vuelta al pasado) que reduzca el insostenible poder empresarial en favor de la justicia y la eficiencia social.

Por último está el campo financiero. Un campo donde no sólo hay que pensar en promover una nueva banca pública local, autonómica o estatal. Hay también que considerar la persistencia de bancos rescatados que aún cuentan con capital público. Y otros que no han sido rescatados (como la Caixa o Kutxabank) cuyo capital está principalmente controlado por fundaciones basadas en la cooptación y donde valdría la pena estudiar si es posible el paso de las mismas a algún tipo de control público.

En suma, más allá de lo acertado o desacertado de las propuestas, lo que sugiero es que la única estrategia que me parece viable en el corto plazo es la de enfrentar las políticas comunitarias con contrapropuestas laterales que abran fisuras y abran un conflicto que se pueda sostener. Y fortalecer la enorme debilidad de gran parte de los proyectos alternativos.

Ello no es óbice para que se siga trabajando en una diplomacia y en una búsqueda de alianzas necesarias tanto para reducir el acoso que cualquier estrategia rupturista (por más parcial que sea) va a experimentar como para promover un verdadero plan de superación de la hegemonía neoliberal. Y que se

siga promoviendo una producción intelectual que ayude a dar legitimidad a las propuestas alternativas. Seguramente puede parecer más coherente la propuesta de romper el euro y el modelo europeo. El problema es que, aparte de los costes que tal ruptura entraña, hoy por hoy la población de muchos países europeos no parece estar dispuesta a llevar a cabo este desafío. Y por eso sugiero que políticas intermedias, pero bien diseñadas y conscientes de sus limitaciones, pueden resultar más eficaces en el corto plazo para empezar a levantar muros frente al vendaval neoliberal. A esto es a lo que honestamente pienso que nos conduce el fracaso de Tsipras, Varufakis y su gente. Casi nunca sale nada al primer intento.